

El nacionalismo moderado durante la Transición. La conquista de la hegemonía en el País Vasco

Manuel MONTERO GARCÍA

Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitatea
mmontero@ehu.es

Un fenómeno fundamental en la evolución del País Vasco tras la dictadura franquista fue el éxito político que alcanzó el PNV entre 1977 y 1980. En estos tres años el principal partido nacionalista se hizo con la hegemonía política y social, que mantendría las siguientes décadas. No había sido el más activo durante la dictadura –en los años setenta la oposición nacionalista al régimen se identificaba sobre todo con el radicalismo que se movía en torno a ETA- ni sus resultados en las primeras elecciones democráticas, con ser notables, le dieron una victoria abrumadora. Por contra, las elecciones autonómicas celebradas en marzo de 1980 consagraron la preeminencia del PNV. Sus resultados electorales le daban el poder político en el País Vasco. Además, consumaba el logro de los objetivos que se había planteado en vísperas de la Transición, cuando en la primavera de 1977 elaboró sus Planteamientos que hicieron las veces de programa. Proponían lograr “un poder político propio” para el País Vasco, que identificó con la autonomía, así como su orientación nacionalista. Tales propósitos, el autogobierno autonómico y su captación por el PNV –dos caras de la misma moneda, a tenor de sus planteamientos iniciales- los había conseguido en el espacio de tres años.

Analizaremos aquí las circunstancias que explican este éxito categórico, que habría de condicionar después el desarrollo de la democracia y la autonomía en el País Vasco. Influyeron razones de muy diverso tipo: la efervescencia política de aquellos años, las posiciones de las demás alternativas y, sobre todo, las que desarrolló el PNV, tanto desde el punto de vista ideológico como político y organizativo. En último término, su preeminencia quedó consagrada por factores de muy diverso tipo, si bien en el primer plano se situaron las estrategias que impulsó.

Estos tres años presentan en el País Vasco una nítida homogeneidad como periodo histórico, precisamente porque la lucha del PNV por las aspiraciones que expresara a comienzos del 77 condicionó toda la evolución política. A estos tres años les corresponden propiamente el nombre de Transición en el País Vasco: después de marzo de 1980 cambiaría la dinámica política, basada ya en la autonomía. Entre las primeras elecciones democráticas, las de junio de 1977, y las que eligieron el primer Parlamento Vasco el PNV no cambió sus prioridades, que se concretaron en el logro de un Estatuto de Autonomía para Euskadi y en el acceso al poder político. Logradas

ambas, desde marzo de 1980 se impusieron otras necesidades, relacionadas con el desarrollo autonómico y el ejercicio del gobierno.

1. La conquista de la hegemonía

El contraste entre los resultados de las dos elecciones que abren y cierran este periodo, la Transición en el País Vasco, revela la envergadura del éxito del PNV¹. En junio de 1977 el PNV obtuvo unos resultados que pudo considerar satisfactorios, pero lejos de la primacía que tendría a partir de 1980. Fue el partido más votado, con el 29,3 % de los votos y el mayoritario en Vizcaya y Guipúzcoa (en Álava UCD ocupó este puesto), en ambas circunscripciones cercano al 31 %. Sin embargo, tenía muy cerca al PSOE (28,3 %), al que sólo superaba por un diputado (9 frente a 8). Además, el nacionalismo distaba de ser la principal opción del País Vasco. Le superaba nítidamente el bloque de los partidos que solían llamarse “sucursalistas” (PSOE, UCD, AP, PCE). Los “no nacionalistas” consiguieron el 56,9 % del respaldo electoral, un porcentaje que no repetirían en el futuro pero que de momento cuestionaba la viabilidad del proyecto del PNV, que daba por supuesta la identificación básica del País Vasco con el nacionalismo y cuya realización requería que éste tuviese una nítida mayoría.

Los resultados eran aún menos halagüeños para el nacionalismo si se tenían en cuenta los datos de Navarra, como solían contabilizar el PNV y buena parte de los medios de comunicación². “*Ganó el PSOE con nueve escaños*”, resumía un periódico refiriéndose a lo que denominaba Euskadi incluyendo a Navarra, como por entonces era habitual. Refiriéndonos este ámbito la victoria de los no nacionalistas era aún más nítida: doblaban en diputados a los nacionalistas, 18 frente a 9. El PNV tenía sólo 9 de los 27, un tercio. Se evidenciaba la distinta dinámica de Navarra y el futuro País Vasco autónomo, con unos resultados que cuestionan las concepciones del PNV. “*La pugna entre autonomistas y navarristas en Navarra, de cuyo resultado estaba pendiente el País Vasco, se ha resuelto con tres escaños para la Unión de Centro Democrático y dos para el Partido Socialista Obrero Español*”³. En realidad, las posibilidades políticas del nacionalismo se centraban en el que habría de ser País Vasco autónomo.

El PNV era el principal partido vasco, pero su triunfo tenía límites, por lo sucedido en Navarra y por la victoria de los no nacionalistas. Pero se había saldado con éxito un aspecto de su estrategia: juntos, habían triunfado los partidos autonomistas. No era una cuestión menor, pues el logro de la autonomía era su prioridad. De ahí su lectura de las elecciones -“*El PNV considera, sin embargo, que el voto del PSOE es*

¹ Para un análisis de los resultados electorales del periodo, LLERA, Francisco: *Postfranquismo y fuerzas políticas en Euskadi: sociología electoral del País Vasco*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1986.

² *El País*, 19 de junio de 1977. Efectivamente, en los resultados globales de Euskadi incluía a Navarra y presentaba el saldo siguiente: “*Los votos de Euskadi han dado nueve escaños para el Congreso al Partido Socialista Obrero Español, ocho al Partido Nacionalista Vasco, siete a la Unión de Centro Democrático, que no se presentó en Guipúzcoa, y uno, respectivamente, a Euskadiko Ezquerria, Izquierda de Euskadi, y Alianza Popular.*”

³ *Ibidem*.

*un voto autonomista*⁴, que recalca el triunfo de su principal apuesta política. La victoria autonomista había sido contundente en las elecciones al Senado. El “Frente Autonómico”⁵ obtuvo nueve de los doce senadores del País Vasco, el máximo posible –pero sólo uno de los cuatro navarros-. Esta alianza recogía el sentir del antifranquismo, excepción hecha del nacionalismo radical. Lo integraban PNV, PSOE y *Euskal Sozialistak Elkartzeko Indarra* –en castellano, “Fuerza para la Unidad de los Socialistas Vascos”- y buscaba reivindicar la autonomía vasca en lo que se entendía ya como proceso constituyente. Iba en la línea del “Compromiso autonómico” firmado en mayo de 1977, que acordaba que los parlamentarios vascos y navarros redactasen el futuro estatuto. Además de los tres partidos citados, lo firmaron ANV, PCE-EPK y DCV. Identificaba la autonomía con la reivindicación antifranquista, pero el PNV quedaba diluido en la coalición electoral, una circunstancia que tendría serias consecuencias políticas.

Tras las elecciones de junio de 1977, precedidas por la intensa efervescencia nacionalista de los años anteriores, el PNV era el principal partido del País Vasco, pero por muy poco. Ni siquiera podía expresarlo así, por su escasa presencia en Navarra, parte de la Euskadi que constituía su punto de referencia, cuyos resultados la alejaban de la dinámica vasquista que añoraba el PNV. Las fuerzas “sucursalistas” eran mayores que las del nacionalismo, que aparecía dividido, sin que el PNV tuviera capacidad de liderarlo. Sus dirigentes pudieron considerar el 15-J un buen punto de partida, pero el saldo de las primeras elecciones democráticas dejaba muy lejos su programa de transformación nacionalista de la sociedad. La fuerza electoral que había demostrado ni siquiera aseguraba el éxito de sus criterios en las propuestas estatutarias.

Las primeras elecciones democráticas habían destacado en el País Vasco a dos fuerzas de peso equiparable, PNV y PSOE. Cabía pensar que el futuro se construiría sobre su rivalidad o entendimiento, pero en todo caso a partir de un doble protagonismo. El primero tenía la primacía en las dos provincias costeras, mientras sus competidores no ganaban en ninguna provincia. Por contra, si sucedía que la división nacionalismo-no nacionalismo tenía alguna virtualidad política, las posiciones socialistas parecían bien asentadas: era el hegemónico en este ámbito, de respaldo muy superior, mientras el PNV recibía una rotunda contestación en el suyo, por parte del nacionalismo radical. En el juego de los imaginarios cabían distintas evoluciones. En primer lugar, que se mantuviese la equiparación entre el PNV y el PSOE y el futuro político del País Vasco dependiese sobre todo de su entendimiento. En segundo lugar,

⁴ *El País*, 17 de junio de 1977. Su contabilidad, que se refería globalmente a Vizcaya, Guipúzcoa, Álava y Navarra, era la siguiente: 18 diputados y 11 senadores “partidarios del Estatuto de Autonomía”; 7 diputados y 5 senadores de UCD “que dicen defender el Estatuto, aunque no ha especificado hasta dónde puede llegar la autonomía”; y un diputado de AP, “que se conforma con una simple descentralización administrativa”. Por entonces incluía en el bloque autonomista al diputado de Euskadiko Ezkerra, plenamente vinculado al nacionalismo radical que cuestionaba esta vía; y prescindía de la evidencia de que los resultados diferentes de Navarra y las otras tres provincias

⁵ El lema del “Frente autonómico” era “*Autonomía. El pueblo vasco tiene absoluto derecho a decidir libremente en sus propios asuntos: economía y finanzas, trabajo y seguridad social, justicia y fuerzas del orden, educación y cultura, sanidad, obras públicas, urbanismo y todos los necesarios para nuestro desarrollo económico, social y cultural, que no pueden quedar por más tiempo en manos extrañas*”. Vid. LANDABEREA ABAD, Eider: *Frente autonómico*, Enciclopedia Auñamendi, 2006.

entraba en las posibilidades, también, que el sistema evolucionase hacia la preeminencia relativa del socialismo, si incrementaba su preeminencia dentro del ámbito no nacionalista y este mantenía su peso. En tercer lugar, podía suceder que el PNV aumentase su presencia política y alcanzara la hegemonía, pero esto exigía, además del retroceso socialista, que no se consolidase el sector no nacionalista como un bloque electoral y que dejase de ser mayoritario. Los datos de junio de 1977 no privilegiaban ninguno de estos caminos. Los tres eran verosímiles.

En marzo de 1980 el panorama había cambiado radicalmente. Lo había hecho rotundamente a favor de las expectativas del PNV. La autonomía, con un alto autogobierno, significaba por sí misma un éxito de su estrategia, pues había sido su gran objetivo en la Transición. Otros grupos habían compartido el autonomismo, pero el PNV fue el principal impulsor de la autonomía y se le identificó con ella. Además, sus resultados electorales eran espectaculares, si se comparan con los de tres años antes. El PNV logró el 38 % de los votos, muy por encima del PSOE, antes casi a la par, pero en 1980 con sólo el 14,2 %. Ni siquiera era el segundo más votado, puesto que ocupaba HB. El peso del nacionalismo se había disparado, hasta casi dos tercios (64,47 %). Medidos en representantes la hegemonía nacionalista era más que nítida: 42 parlamentarios frente a 18. El PNV, con 25, sobrepasaba a los que juntos tenían los partidos no nacionalistas. En todas las provincias era el mayoritario, desde el 30 % que tenía en Álava al 40 % en Vizcaya; en las tres, pues, dominaba el nacionalismo.

El vuelco había sido inmenso y tendría consecuencias duraderas: las primeras elecciones autonómicas marcaron el nuevo punto de partida en el País Vasco, más que las del 77. El PNV se hizo con el poder en la autonomía y con mayor o menor comodidad, a veces compartiéndolo, lo mantuvo durante tres décadas. Logró además que se le identificase con la autonomía. En general los partidos no nacionalistas se declaraban autonomistas, pero, pese a la raigambre del posicionamiento, tales afirmaciones pudieron interpretarse como una acomodación al partido que guiaba a Euskadi: no un programa propio, sino una adaptación a los aires que dominaban en el País Vasco. El nacionalismo radical, al que el PNV consideraba parte de su comunidad nacional, cumpliría su papel al asentar la especificidad vasca, pero ninguno en el diseño de la comunidad autónoma, a lo que renunciaba. La formación del primer Parlamento Vasco completaba el ascenso del PNV, pero los resultados de las elecciones locales que se habían celebrado en 1979 le habían otorgado ya importantísimas cotas de poder en la gestión municipal y provincial. Tenía las tres Diputaciones y la mayor parte de los municipios, incluyendo los alcaldes de las tres capitales y los de las ciudades con mayor población, con las únicas excepciones de Portugalete y Sestao. A comienzos de 1980 el PNV se hacía con la vida política de Euskadi.

¿Cómo sucedió este fenómeno, que puede considerarse extraordinario? ¿De qué forma el PNV superó sus resultados del 77, mediocres si se comparan con los de tres años después? Lo hizo en las difíciles circunstancias de unos años turbulentos, llenos de tensiones políticas y sociales. En Euskadi no había sido nunca un partido más, pero en ese clima se convirtió en el eje de la política vasca y en su principal punto de referencia. El PNV logró extender el nacionalismo en ámbitos que en 1977 le habían sido reticentes, capitalizar la efervescencia nacionalista y presentarse como la principal opción para gestionar el poder en el País Vasco, al tiempo que se hundía

el PSOE y se diluía el sector no nacionalista, al menos para las elecciones locales y autonómicas. Lo muestra la comparación de los resultados electorales de 1977 y 1980. Hubo una recomposición política que no puede atribuirse al incremento de la abstención. La participación bajó en 106.000 votos, de 1.035.000 a 929.000, lo que acentuó el peso del PNV y del nacionalismo, pero este ámbito creció no sólo en términos relativos. El PNV mejoró en unos 53.000 votos (pasó de 296.000 a 349.000), lo que aseguró su primacía en el nacionalismo. EE obtuvo 89.000, frente a los 61.000 de tres años antes, si bien la comparación no es del todo pertinente al cambiar la orientación básica representada por estas siglas. Fueron 151.000 los que obtuvo HB, que no había estado presente como tal en 1977, aunque en parte este sector se había identificado con la coalición EE. La mayor parte del crecimiento nacionalista se había ido a la izquierda del PNV, pero las sólidas posiciones de las que partía éste y su mejoría en un 18 % le dieron la hegemonía. La abstención castigó a los no nacionalistas, pero además tuvo que producirse un trasvase de votos hacia el nacionalismo. No desde luego de AP, que en 1980 mantuvo sus posiciones del 77 -45.000 y 44.000 votos, respectivamente-, sino de votantes del PSOE y de UCD, que juntos perdieron 189.000 votos (el socialismo bajó de 267.000 a 130.000 y al partido centrista de 129.000 a 78.000). No caben los análisis lineales de trasvases de votos, como si los electores formasen bloques estancos con movimientos reglados, pero resulta obvio que antiguos votantes socialistas y centristas giraron hacia el PNV, bien por asumir postulados nacionalistas, tras las incertidumbres ideológicas del fin de la dictadura, bien por su atractivo para gestionar la naciente autonomía vasca en la coyuntura convulsa que vivía el País Vasco.

No podría suponerse que el resultado vasco de la Transición fue algo así como el retorno al estado natural de las cosas, con la recuperación de la hegemonía histórica del nacionalismo y del PNV, entre otras razones porque ésta no se había producido nunca. Tampoco caben explicaciones unicasales para un cambio de este calado y naturaleza, ni puede fijarse una relación mecánica de causa-efecto a partir de unas circunstancias concretas. Sí resulta posible, sin embargo, describir las singularidades que presentó el desenvolvimiento del PNV. Serían, en principio, las razones que explicarían su éxito.

Algunas de estos factores se encuentran en el franquismo y no son objeto de este artículo. Las hemos estudiado en otro lugar⁶, pero conviene retener una circunstancia. Pese a su pasividad política, el PNV había logrado mantener durante la dictadura una comunidad nacionalista, con sus valores y nexos de unión. Esto no sucedió en otros movimientos antifranquistas. Este fue el telón de fondo. Además, algunas iniciativas del PNV durante la Transición pueden explicar su éxito político: su estrategia política, sus planteamientos ideológicos y su tarea organizativa. En los tres ámbitos presentó singularidades. Debe tenerse en cuenta, también, la política de los demás movimientos.

⁶ Vid. MONTERO, Manuel: *La forja de una nación. Estudios sobre el nacionalismo y el País Vasco durante la II República, la Transición y la democracia*, Granada, Servicio Editorial Universidad de Granada, 2011, p. 306 y ss.

Prescindiremos en este análisis de las decisiones concretas que el PNV adoptó de cara a la Constitución, el Estatuto o el embate del terrorismo, estudiados en otros lugares. Lo centraremos no en los avatares políticos sino en los parámetros generales que lo singularizaron y que contribuyen a explicar su conquista de la hegemonía.

2. El mantenimiento de la misma estrategia

La estrategia política del PNV durante la Transición presentó dos notas singulares: quedó definida antes de que se iniciara el proceso; y no cambió en estos años. Propone unos objetivos concretos, a los que el PNV se atuvo estrictamente. También los planteamientos ideológicos se mantuvieron sin cambios sustanciales.

Tanto la consistencia de la reflexión previa como la subsistencia de una misma estrategia fueron excepcionales. No se encuentran en otros partidos de la Transición: los del centro y derecha carecieron de similares formulaciones y fueron adaptándose a las circunstancias, mientras que en los grupos provenientes del antifranquismo predominaron programas que coleccionaban lemas y actitudes, pero sin una articulación precisa; y, sobre todo, fueron cambiando su estrategia, apenas pergeñada, pues hubieron de improvisar de cara a la construcción constitucional de la democracia, que sorprendentemente no habían abordado sus programas, más allá de la reivindicación genérica de una Constitución.

El PNV no experimentó estos vaivenes. Su programa no se había posicionado sobre la eventualidad de un proceso constituyente -que daba por supuesto llegaría- y en él no tuvo un protagonismo activo, por lo que no le fueron necesarias rectificaciones al respecto; sus reticencias constitucionales cabían en los criterios previos. La autonomía fue su gran objetivo, pero también en este punto sostuvo las directrices que se fijó, tanto en la prioridad que le otorgaba como en los principios a los que habría de ajustarse. Tampoco introdujo cambios en sus definiciones ideológicas, mientras los principales partidos antifranquistas las modificaron, por las convulsiones de la llegada de la democracia o por la necesidad de adaptarse a unos comportamientos electorales que no habían previsto. A veces sus formulaciones resultaron utópicas al contrastarse con las realidades democráticas. Los cambios ideológicos de los partidos antifranquistas no fueron una adaptación táctica, pues afectaron al cuerpo de sus ideas. Los simbolizó el abandono del marxismo en el PSOE y del marxismo-leninismo por el PCE. El PNV, por contra, logró mantener la ideología elaborada a fines del franquismo sin que le hicieran mella las necesidades políticas inmediatas.

3. Radicalismo ideológico y pragmatismo político

En buena medida, la subsistencia de la estrategia e ideología del PNV durante la Transición se debió a que combinaban el radicalismo doctrinal y la moderación política. Abundaban los conceptos identitarios que sugerían una transformación nacionalista de la sociedad vasca; pero, a corto plazo, proponía una vía pragmática, que apenas los tenía en cuenta y que desechaba las reivindicaciones soberanistas. La doctrina que

formuló el PNV antes de la Transición era radical. La visión esencialista del pueblo vasco estaba al servicio de un proyecto de transformación cultural de la sociedad. Esta relegaría a los que denominaba “no vascos”, pero la cualidad de vasco podía ser aprehendida, por la asunción de rasgos culturales e identificación política con la causa nacionalista. La radicalidad excluyente resultaba compatible con la oferta nacionalista a toda la sociedad vasca. Las transformaciones identitarias quedaban para el futuro, no formaban parte de las pretensiones inmediatas. De momento el papel del radicalismo ideológico era limitado. Influyó en la difusión de las nociones del PNV -lo que tenía su importancia, pues tenía que competir con el nacionalismo radical-, pero no en el programa político, globalmente moderado. En este esquema la tensión nacional habría de resolverse por la vía europeísta, no por el proyecto independentista ni por un Estado propio.

Al contrario de lo que sucedió en otros discursos antifranquistas, el PNV no enlazaba la utopía ideológica con el sistema político al que quería llegar, sino que aquella sería fruto de este, posterior por tanto. Alguna vez incluyó ideas soberanistas en sus manifiestos, pero sin cuestionar el núcleo del discurso moderado que difundió estos años. Igualmente, a diferencia de lo que formuló el nacionalismo radical, no exigió la independencia, la soberanía o la autodeterminación ni rehusó participar en la Transición, incluso mostrando su desafección. Su cuestionamiento de la Constitución fue compatible con la aceptación de las nuevas reglas de juego. No se derivaron de tal ambigüedad convulsiones ideológicas. Pudo mantener la rotundidad doctrinal junto a la moderación política. La postura, contradictoria, le permitió logros en el autogobierno, sin comprometerse definitivamente con los resultados constitucionales e incluso los estatutarios. Al definir sus objetivos inmediatos, el PNV optó por una reivindicación *blanda*, sin centrarse en el reconocimiento de legitimidades. El logro de un Estatuto que permitiese el autogobierno y una gestión nacionalista: estas fueron las metas concretas que se proponía el PNV en la Asamblea de Iruña de 1977. No las rectificó. Enlazaban con sus aspiraciones tradicionales, lo mismo que adoptaba un tipo de partido similar al de la II República⁷

Ambas aspiraciones -autonomía y poder nacionalista en el País Vasco- estaban interrelacionados en el discurso del PNV. No eran meros lemas, sino propuestas de enjundia. Las dos seguían su propio desarrollo argumental, pero solían ir juntas, presentándose el acceso al poder como consecuencia lógica de la autonomía. La que en la Asamblea se había llamado “*recuperación de un poder político propio*”, sería en la fase constituyente “*un Estatuto de Autonomía que proporcione a Euzkadi los instrumentos mínimos para su autogobierno en el momento histórico actual*”⁸. Los cambios sociales quedaban aplazados para después de alcanzar el Estatuto. “*El marco autonómico que resulte del desarrollo estatutario*” abriría la “*posibilidad de institucionalizar el País y de gobernar nuestros propios asuntos*” de forma que el Pueblo Vasco “*recupere la conciencia social y el progreso que en todos los aspectos le*

⁷ Cf. PÉREZ-NIEVAS, Santiago: *Partidos y procesos de cambio político. La Organización y el desarrollo estratégico del PNV en la Transición democrática en España*, UAM, Working Papers on Line Series, nº 21, p. 20. “*El modelo organizativo que el PNV recuperó en 1977 volvía a los parámetros de los años treinta*”.

⁸ E.B.B.: *Razones de una abstención*, Donosti, 18 de noviembre de 1978.

*corresponde*⁹). Implicaba un proyecto de nacionalización de la sociedad vasca, pero en tanto llegaba el poder político propio no recurría a planteamientos soberanistas.

La propuesta era una autonomía para el nacionalismo, a cuya guía se sentía llamado el PNV¹⁰. Como a su juicio el partido constituía la principal representación del pueblo vasco, esta visión no resultaba chocante ni le planteaba problemas por la identificación forzosa del desarrollo democrático con el éxito de una opción. El logro de tal poder político constituía el criterio que para el PNV validaría la Transición. Para el futuro inmediato el PNV buscaba un acceso no traumático al autogobierno, no una especie de revolución nacional similar a las transformaciones socioeconómicas a que aspiraban los partidos salidos del antifranquismo. Remitía los cambios de calado al futuro europeísta en el que la Europa de los pueblos¹¹ permitiría un futuro sin España y sin pasar por las fricciones con España. Ofrecía un afianzamiento no convulso de la comunidad nacionalista frente a la agresividad del nacionalismo radical. Aparecía así como una salvaguarda frente a los riesgos del nacionalismo revolucionario, reflejados en el despliegue terrorista y las presiones de las movilizaciones populares.

Por otra parte, el PNV se había armado para la competencia ideológica del nacionalismo radical. Así, dicho partido aseguraba defender los intereses generales del pueblo vasco, frente a quienes sólo sostenían planteamientos de clase. Ahora bien: nacionalismo radical y moderado compartían las nociones identitarias sobre el pueblo vasco y sus rasgos excluyentes. Las distancias estaban sobre todo en que el PNV defendía el pragmatismo y se oponía a los reclamos revolucionarios. Pero su concepción radical de lo vasco le permitía resistir la crítica que le llegase desde el extremismo nacionalista. La cuestión tenía su importancia en la vorágine doctrinal del País Vasco a la salida del franquismo, cuando había una suerte de competencia por mostrar purezas doctrinales.

El PNV podía así competir con las definiciones básicas del nacionalismo radical, en su lucha por la hegemonía en este ámbito; y, por su moderación, participar en la construcción del régimen constitucional, aun manteniendo reticencias ante la Constitución. De la aparente contradicción se derivaban críticas desde ambos lados del espectro, pero tenía capacidad de salvarlas precisamente por aparecer como un refugio ideológico en el momento en el que la escena pública estaba dominada por la acción cotidiana de los opuestos a la que llamaban “democracia burguesa”.

⁹ EBB: *El Partido Nacionalista Vasco ante la nueva etapa autonómica*, 1980.

¹⁰ En la misma línea, “*El Partido Nacionalista Vasco, como partido mayoritario de Euzkadi, es consciente de la responsabilidad que le incumbe en esta etapa decisiva y está firmemente decidido a afrontarla con la energía y la eficacia que el momento precisa*”.

¹¹ Vid. CRESPO ALCÁZAR, Alfredo: *Autonomía vs. Independencia en el PNV durante la Transición española*, en Carlos NAVAJAS ZUBELDIA, Carlos, e ITURRIAGA BARCO, Diego (eds.): *Coetánea. Actas del III Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2012, pp. 285-290.

4. El impulso organizativo

Pese a su importancia, la tarea ideológica no fue la principal preocupación del PNV durante la Transición. Hubo una hacia la que canalizó sus energías: su organización como partido, con capacidad de movilizar masas. Lo hizo con mayor intensidad que cualquiera de sus competidores. ¿Esta singularidad explica su afianzamiento y éxito durante la Transición? Su principal esfuerzo no se dirigió a situarse políticamente en el espectro de partidos ni a los análisis de coyuntura sino que se produjo de cara a su interior: organizarse como partido incluyó formarse como tal. “*Como había hecho durante la segunda república, el PNV trató de construir un partido-comunidad, que abarcara no sólo una estructura política, sino el conjunto de la vida social: prensa, deporte, juventud, cultura, sociabilidad, mundo laboral, etcétera*”¹².

Muchos años después un dirigente del PNV, por entonces militante de EGI, las juventudes del partido, evocaba con nostalgia el año 1977 y lo identificaba con el lema *Batasuna eta indarra*. Tiene interés este recuerdo, que sintetiza toda una época del PNV y nos da una de las claves de su éxito. En 2013 al ser elegido presidente del EBB, Andoni Ortúzar resumía el lema de 1977. “Somos un País pequeño, necesitamos estar muy unidos para tener fuerza. Somos un Partido grande, necesitamos también estar muy unidos para ser fuertes”¹³. Unos meses antes, cuando Íñigo Urkullu presentó su candidatura a lehendakari lo había evocado- “*Gaur elkartzuz duela 30 urteko “batasuna eta indarra” berreskuratzen dugu*”¹⁴-. “unidad y fuerza” quedó como un momento señero en la memoria de los militantes del PNV. 1977 fue, pues, el año de la llegada de la democracia, de las primeras elecciones, de la irrupción de las libertades, del fin de la clandestinidad, el año de los grandes cambios. La memoria nacionalista, sin embargo, lo identifica con un solo lema, sin relación directa con la democratización. El PNV utilizó “*Batasuna eta indarra*” sólo en el Alderdi Eguna de 1977, el primero que celebró. Pero, tal y como puede apreciarse, marcó toda aquella época. El PNV identificó el primer año de las libertades democráticas con esta actitud. Ciertamente que *Batasuna eta indarra* no alude a las transformaciones políticas, ni propiamente a avances nacionalistas: es un lema interno, habla del partido, y no se refiere a la unidad nacionalista, objetivo que por entonces no se plantearía el PNV; tampoco “indarra” es la fortaleza nacionalista. *Batasuna eta indarra* se refiere a la unidad y fuerza del PNV. Ésta fue una prioridad del PNV durante la Transición. No la búsqueda de protagonismo en un ambiente en el que el futuro de un partido parecía

¹² DE PABLO, Santiago y MEES, Ludger: *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco (1895-2005)*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 394.

¹³ Discurso de Andoni Ortúzar, Berria.info, 12 de enero de 2013. La evocación del lema de 1977 era completa: “*Batasuna eta indarra*”. *El cartel de la Asamblea Nacional de Iruña del 77, aquel fuerte puño que surgía del mapa de Euzkadi, estuvo muchos años colocado en mi habitación. Siempre he tenido muy presente este lema que utilizamos hace 35 años. Lo podremos decir de forma diferente, pero siempre sabremos que ahí radica “nuestro secreto”*. Al margen de lo que hubiera de idealización, desde su punta la fortaleza organizativa del PNV quedaba descrita en los siguientes términos: “*Creo en el modelo PNV, en la forma que tenemos de gestionar las instituciones, y también en la forma de organizarnos internamente, en nuestra rica democracia interna, en nuestro sistema asambleario, en nuestros reglamentos y estatutos*”.

¹⁴ *Intervención de Íñigo Urkullu en el acto de presentación del manifiesto de apoyo a su candidatura*, Documentos, Sala de prensa, EAJ-PNV, en www.eaj-pnv.eu.

medirse por el espacio que ocupaba en los medios de comunicación. Tampoco tácticas ideológicas para acomodarse a las necesidades de la Transición. Quiso ante todo construir una organización vigorosa: unida y fuerte. Su principal objetivo inmediato era fortalecer el partido -un partido de masas- en torno a unos planteamientos nítidos.

Esta política dotó de lazos organizativos a buena parte de la comunidad nacionalista, para la que el PNV había sido la principal referencia. Ahora se concretaría en una red política. Los *batzokis* y las asambleas municipales constituyeron la trama. Por lo que cabe colegir, el PNV no hizo proselitismo fuera de los límites imaginarios de esta comunidad -aunque admitía a quienes expresaran su voluntad de pertenencia- ni fue agresivo con el nacionalismo radical que le disputaba espacio social y político. Buscó ante todo organizar el partido: que adquiriera unidad y fuerza, una vez que salía de la clandestinidad. Para ello contó con una gran penetración territorial, la subsistencia de la comunidad nacionalista durante el franquismo y un discurso construido sobre ideas fuerza con capacidad de transmisión emocional: Euskadi, pueblo vasco, “ser propio”, euskera, derechos históricos, lo nuestro. Eran los conceptos sobre los que había elaborado sus planteamientos en la primavera del 77 y que no iban asociados a convulsiones políticas inmediatas, sino a un mundo épico de valores sólidos.

En unos años en los que tuvieron un papel crucial las grandes movilizaciones, el PNV organizó un partido de masas. Su organización fue mucho mayor y más desarrollada de lo que era habitual en una época en la que los partidos se conformaban con las respuestas masivas a sus llamamientos. El PNV prefirió impulsar un partido de gran penetración social¹⁵ con una estructura orgánica y territorial bien definida y relativamente disciplinada. Alcanzó la capacidad de movilizar decenas de miles de personas con el mero llamamiento del partido, al margen del motivo de la convocatoria, y hacerlo de forma ordenada, siguiendo unas pautas e instrucciones¹⁶, que le alejaban de la fisonomía anárquica habitual en las manifestaciones de la época. Era un tipo de respuesta que permitía visualizar al partido en marcha: por comarcas y pueblos si era preciso, por organizaciones internas, mostrando las jerarquías con las que se identificó la militancia.

De esa forma, el PNV pudo realizar convocatorias en las que participaban otros partidos -movilizaciones por la autonomía, Aberri Eguna de 1978 de convocatoria plural, manifestación contra la violencia de octubre del mismo año- agrupando un

¹⁵ En un manual interno el PNV daba instrucciones a los militantes para lograr la implantación territorial. Entre otras: “*Reconocimiento de la zona de trabajo. Para que el trabajo sea eficaz todo militante debe conocer la ubicación exacta de los problemas que tiene planteados en su zona: - Necesidades de trabajo político, falta o deficiencias en suministros de agua y luz, vivienda en general, estado de las calles, dispensarios sanitarios, vías de penetración y cualquier otro punto que interese. [...] - Este trabajo, que llamamos de reconocimiento de la zona, debe de ser presentado por escrito a la Junta y Organización Municipal, acompañado, a ser posible, de un pequeño croquis o mapa de la zona. A partir de la presentación de este informe comenzará su trabajo organizado*”.

¹⁶ Una descripción somera del primer Alderdi Eguna celebrado por el PNV, el de 1977, transmite la imagen de un partido estructurado. Tras la concentración en San Miguel de Aralar, en la que proliferaron slogans políticos, “hacia la una del mediodía se inició el desfile de representaciones presidido por el senador navarro por el PNV, Manuel de Irujo [...]. Tras él, representaciones de Navarra, Álava, Guipúzcoa, Vizcaya, Lapurdi y Zuberoa, así como delegados de las juntas extraterritoriales (Madrid, Barcelona, Caracas, Londres, Nueva York, etcétera)...” (*El País*, 27 de septiembre de 1977). La imagen resultaba inusual en las concentraciones de la época, que tendían a ser tumultuarias

bloque compacto, bien diferenciado. Mostraba su capacidad de liderazgo y se visualizaba un sólido un partido de masas. Así narraba el PNV el Aberri Eguna de 1978, el primero tras la llegada de la democracia, con manifestaciones plurales en las capitales. “*Con masiva participación de afiliados y simpatizantes de todas las Juntas Municipales de Araba, se celebró en Gasteiz el primer Aberri Eguna legal desde la guerra civil [...] Como en el resto de Euzkadi, el Partido marchó en último lugar, pudiéndose constatar la diferencia de participantes con el resto de los demás partidos. Asimismo se hizo notar el comportamiento y buen hacer de los integrantes en el grupo nacionalista, quizá fue una forma más de ganar puntos ante las próximas elecciones*”¹⁷. Era el sentido que expresaba la prensa al describir la manifestación del 28 de octubre contra la violencia, convocada por el PNV pero con participación de los partidos democráticos. “*La gran columna humana estaba formada por unas 35.000 personas, en su gran mayoría militantes del PNV, que ocupaban casi las tres cuartas partes de la manifestación*”¹⁸.

De la afirmación social y política del PNV da cuenta, igualmente, el Alderdi Eguna que instituyó en 1977, la concentración anual del partido, que para los militantes alcanzó mayor intensidad emocional que el Aberri Eguna –el día de la patria, que se celebraba desde 1932–, al que en cierto sentido desplazó. Era una fiesta propia, exclusiva, de comunión interna, sin los roces políticos de la fiesta nacional en la que participaban otros grupos. Representaba a una comunidad propia, dentro de la comunidad nacionalista. Mostraba la unidad y la fuerza, de nuevo, *batasuna eta indarra*. El patriotismo del PNV encontró su principal expresión en el día del partido. Este desplazamiento reflejó su concepción por la que un partido fuerte y unido era la fortaleza del pueblo vasco. Las descripciones periodísticas transmiten la imagen del partido de masas capaz de una movilización organizada. En el Alderdi Eguna de 1978 esta llamaba la atención más que los propios discursos: “*Alrededor de 100.000 personas tomaron ayer parte en el “Alderdi Eguna” (Día del Partido) [...] en las afueras de la capital alavesa [...]. Fueron 2.080 los autobuses que se desplazaron a esta ciudad, junto con un tren especial llegado desde San Sebastián 8.000 turistas y 20.000 peatones*”¹⁹.

Por tanto, el PNV organizó un partido de masas que fue eficaz, pero no lo necesariamente para participar en las presiones populares. Le sirvió para organizar un movimiento que no se quedaba en el aparato. El PNV reconocía el papel señero que la política vasca otorgaba a la movilización popular, que algunos sectores entendían como la principal representación de las posiciones del pueblo vasco, y tenía capacidad para impulsar tales actos, pero pronto (cuando se iniciaron los cambios políticos) los concibió como un último recurso. Ya en junio de 1977, apenas celebradas las primeras elecciones, rechazaba en los siguientes términos “la marcha de la libertad” que organizó el nacionalismo radical. “*Celebradas las elecciones generales; establecida una representación vasca parlamentaria*” el PNV “*no considera ni necesario ni oportuno en este momento el acudir a una movilización popular*”. Se imponían las

¹⁷ “Gasteiz en Aberri Eguna 1978. Clamorosa celebración del Aberri Eguna”. Nekane Iribarren.

¹⁸ *El País*, 29 de octubre de 1978.

¹⁹ *ABC*, 26 de septiembre de 1978.

vías políticas, dejándose presiones de este tipo para situaciones límites. “*En caso de que el cauce legal y el diálogo no fueran eficaces para el logro de la autonomía el partido acudirá al pueblo en busca de apoyo*”²⁰. La movilización quedaba como un recurso, pero no sustituía a la política. Su incuestionable capacidad movilizadora le servía al PNV para mostrar su fuerza, además de para asegurar su cohesión interna.

5. Pragmatismo ideológico

La ideología que difundió el PNV durante la Transición puede calificarse, en su conjunto, de moderada. Su discurso no insistió en el carácter diferenciador de su concepto de identidad. Hablaba de los valores del pueblo vasco, desplegaba sus símbolos propios y exponía una narrativa épica, que situaba a los vascos no ante el acceso a la democracia sino dentro de un ciclo histórico que arrancaba con la abolición foral y tenía como acontecimientos señeros la lucha nacionalista durante la Guerra Civil y el Gobierno vasco formado en 1936. Durante la época los manifiestos del PNV mantuvieron la ortodoxia ideológica, pero los mensajes no aludían a cambios rotundos. Mostraban la preocupación por las circunstancias adversas que vivía el País Vasco y proponían soluciones prácticas, en un sentido nacionalista. La defensa del pragmatismo, la crisis económica, la “desmoralización social” y la violencia fueron temas centrales en su discurso. Su planteamiento no cuestionaba los principios que había establecido en 1977, pero implicaron propuestas posibilistas, en las antípodas del rupturismo radical. Asimismo, acudió a las ideas fuerza del nacionalismo identitario, pero las puso al servicio de la moderación. Su concepto de “pueblo vasco” alcanzó el protagonismo argumental²¹, pero no para establecer barreras excluyentes. Lo utilizó para justificar el autonomismo y el repudio de la violencia. “*Los avances del Pueblo Vasco hacia su autogobierno son todavía ciertamente insignificantes*”²², pero el PNV “*expresa su fe y determinación en: trabajar [...] para lograr un régimen autonómico que proporcione al Pueblo Vasco los resortes indispensables para proteger y desarrollar su identidad e intereses específicos*”²³. “*Que todas las partes implicadas traten de romper este círculo de violencia y frustración política que envuelve trágicamente al Pueblo Vasco*”²⁴. *Se repetían expresiones de este tenor, en torno a la idea de “pueblo vasco”*. El PNV también hubo de justificar el pragmatismo, que chocaba con los reclamos maximalistas que le llegaban del nacionalismo radical y que podía chocar con sus postulados, también radicales. Argumentaba que el realismo era el interés general del pueblo vasco. “*No es patriótico dificultar los logros autonómicos hoy posibles, provocando reacciones negativas en el poder central a cambio de pro-*

²⁰ EUSKO ALDERDI JELTZALEA EUSKADI BURU BATZARRA. CONSEJO NACIONAL PARTIDO NACIONALISTA VASCO: “*La marcha de la libertad*”, 30 de junio de 1977.

²¹ Vid. ARRIETA ALBERDI, Leyre: “Por los derechos del Pueblo Vasco. El PNV en la Transición, 1975-1980”, *Historia del presente*, 19 (2012), pp. 39-52.

²² Comunicado del EBB: “*Euzkadi askatu ta baketsu baten alde*”, Gasteiz, 19 Octubre de 1978.

²³ Comunicado del EBB: “*Postura sobre la disposición adicional [de la Constitución]*”, Pamplona, 10 de octubre de 1978.

²⁴ “*Comunicado del Partido Nacionalista Vasco sobre la violencia*”, Donostia, 28 de junio de 1978.

posiciones demagógicas y puramente testimoniales”²⁵. El “pueblo vasco” cumplía un papel legitimador de las decisiones que podían ser contestadas en la comunidad nacionalista. La apelación a sus intereses patrióticos les quitaba el aspecto de una opción de partido.

Otras tres circunstancias recibieron la atención del PNV: la crisis económica, la “desmoralización social” y la violencia. Ninguna era novedad, pero las afrontó como tales cuando, tras llegar a la legalidad, el PNV las sintió como graves, pues podían impedir su proyecto político. Dicho partido entendió que la crisis era una cuestión vital y así lo expresó desde sus primeros comunicados en la legalidad. Venía definida, en su concepto, por la marcha de empresarios, la paralización de iniciativas y la ausencia de decisiones nacionales que invirtiesen el proceso. *“El caos económico, la descapitalización progresiva, el desvío de recursos financieros de nuestro País puede conducirnos a un proceso de empobrecimiento irreversible, cuyas consecuencias sean funestas en un futuro próximo”*. La crisis exigía una respuesta social y política. *“Ha llegado la hora en que, como vascos, debemos plantearnos actitudes extremadamente responsables, para evitar el retroceso económico de Euzkadi”*. En su esquema, lo político se imponía sobre lo económico. Contribuía a ello la convicción de que, si bien no la causaba, el clima de violencia que vivía el País Vasco contribuía a la crisis económica. *“Nuestro Pueblo... habrá de pedir cuentas a quienes [...] con sus actitudes insolidarias o terroristas, contribuyen a fomentar tales conductas”*²⁶, las representadas por la fuga de capitales.

Otra circunstancia que llamó la atención del PNV fue la que denominaba “desmoralización social”. Su apelación ética criticaba las actitudes insolidarias, el olvido del “trabajo continuo y responsable” y los grupos partidarios de soluciones violentas, que calificó de *“posturas radicalizadas, maximalistas y hasta utópicas, que, sembrando la división entre los vascos, hacen el juego a los enemigos clásicos que componen el centralismo español”*. La violencia política, de hecho, se convirtió en el factor que más condicionó sus expresiones públicas y que tuvo mayor influencia en su imagen. La que el nacionalismo vasco llamó “lucha armada” había sido en principio objeto de críticas, pero también de explicaciones histórico-políticas no condenatorias. Pronto, sin embargo, el PNV introdujo cambios en el planteamiento. En octubre de 1977, cuando se produjo el asesinato de Augusto Unceta, este partido se posicionó en contra, tras una fase de repudios personales por parte de líderes nacionalistas. *“No es admisible en una sociedad civilizada la sustitución de la voluntad popular por la dialéctica de las pistolas”*²⁷. El PNV no mencionaba directamente a ETA y pergeñaba una actitud que sería característica: la condena genérica a la violencia sin referirse específicamente al terrorismo proveniente del nacionalismo radical. Sus posiciones al

²⁵ ARALAR. Comunicado del Euskadi Buru Batzarra. 25 de septiembre de 1977. *“Este objetivo prioritario [la autonomía] no puede desviarse de la atención de nuestro pueblo”*.

²⁶ *Ibidem*. El Pueblo Vasco también pediría cuentas *“a quienes ignorando sus deberes de hombres vascos, alejan sus recursos del País, descapitalizándolo”*.

²⁷ *“El partido ante el atentado de Gernika”*. De forma característica, en esta primera condena figuraba en primer término la apelación al pueblo vasco como legitimación última de esta postura. *“El Partido Nacionalista Vasco, como Partido mayoritario, avalado por el respaldo de nuestro pueblo asumiendo las responsabilidades que ello comporta, condena con toda energía estos crímenes en especial el cometido hoy en Gernika, con independencia de cualquier partidismo político”*.

respecto las justificaba apelando a la voluntad del pueblo vasco. “*El Partido Nacionalista Vasco erguirá su cabeza [en la manifestación del próximo día 28 [de octubre de 1978], entendiendo que el pueblo vasco no desea que la muerte se adueñe de la calle, arrastrando con ella a nuestros hijos]*”²⁸.

En el discurso del PNV los nuevos males que, a su juicio, aquejaban a la sociedad vasca estaban interrelacionados, con similares causas e influencias mutuas. Debían afrontarse de forma similar. Se gestaba así una estructura interpretativa básica en el nacionalismo, una suerte de estereotipo, aplicable a circunstancias muy diversas. Así, los males concretos que azotaban a la sociedad vasca tenían su origen en el franquismo, responsable último de los apuros económicos, la desmoralización o la violencia; de esa forma, eran fruto de la política del régimen y se enmarcaban dentro de la relegación secular, que la dictadura habría llevado a su máxima expresión, por la que se había postergado al pueblo vasco -esto es, al nacionalismo- en la dirección de su destino. En el discurso del PNV tales disfunciones justificaban su opción autonomista. Eran herencia y responsabilidad de la dictadura, pero para afrontarlas resultaba imprescindible que el pueblo vasco recuperase un poder político propio. Sólo así podría resolverse la quiebra económica, en parte de origen político, pues se derivaba de la *desnacionalización* de la economía. “*El retroceso económico de Euzkadi es una consecuencia directa del sometimiento forzoso de nuestro Pueblo a poderes extraños, que no contemplan las necesidades e intereses específicos de este País*”²⁹. La desmoralización era también consecuencia de la represión franquista, que desdibujó la identidad vasca³⁰. Hacía acuciante el poder político propio.

Para el PNV, también la violencia tenía un origen franquista, además de justificación histórica, pues “*el Pueblo Vasco viene padeciéndola desde el momento en que fue despojado unilateral y violentamente de sus instituciones*”³¹. Sólo podría superarse eliminando sus causas, lo que exigía la restauración del “poder político propio”³². El esquema (origen histórico/franquista de los problemas; solución mediante el poder nacionalista, restauración de una línea histórica imaginaria de corte nacionalista) se insertó en los axiomas del PNV. Los déficits se relacionaban con la “ocupación es-

²⁸ EBB: “*Carta abierta a quienes desean una Euzkadi libre y en paz*”, octubre 1978. La manifestación, aseguraba, “*será el grito de todo un pueblo que lanza su BASTA YA, a la cara de cuantos parecen empeñados en sumirnos en la miseria, el dolor y el miedo, sin ofrecernos otra alternativa que no sea la desesperación*”.

²⁹ “*El EBB ante el 25 de octubre de 1839*”, octubre de 1977. El problema económico era fundamentalmente político, relacionado con el dominio español. “*El expolio fiscal, el desvío institucionalizado del ahorro Vasco hacia destinos foráneos, y la incapacidad de Euzkadi para controlar la fuga de sus capitales han favorecido una descapitalización relativa*”, si bien influía también el clima de violencia, pues “*colmo en ocasiones se ha visto favorecida por quienes, desde posiciones extremistas y utópico-revolucionarias hacen el juego a los enemigos tradicionales de Euzkadi*”. El enemigo a batir era el responsable de la ocupación de Euzkadi y los males de los extremistas revolucionarios se relacionaban con que les daban armas.

³⁰ *Ibidem*. “*Esta proliferación de soluciones y formaciones políticas han conducido a nuestro País a una situación de confusión, enfrentamientos y querellas internas que hoy constituyen uno de nuestros principales problemas. Problema que deriva, una vez más, de la opresión de todo tipo a la que se han visto sometidos los hombres de este pueblo, privado del poder político necesario para dar soluciones propias a sus problemas*”.

³¹ “*Comunicado del Euzkadi Buru Batzar sobre la situación política actual*”, Iruña 1 de febrero de 1978.

³² Vid. “*Comunicado del Partido Nacionalista Vasco sobre la violencia*”, Donostia 28 de junio de 1978. La “especificidad [del problema vasco] queda una vez más de manifiesto en los trágicos sucesos que hoy deploramos” por lo que era necesario que en la Constitución “*afronten con imaginación y responsabilidad definitivas una solución adecuada*”, en orden al autogobierno vasco.

pañola”. Su solución requería poder político propio, nacionalista; o, en una versión posterior, exigía el desarrollo nacionalista de la sociedad. Los problemas inmediatos tenían causas trascendentes y su solución partía de restablecer la justicia histórica. Así, se completaba la argumentación autonomista y adquiría mayor fuerza al referirse a circunstancias inmediatas. Había que recuperar el “poder político propio” para defender la identidad y como medio de que el pueblo vasco resolviese sus problemas específicos. Era acuciante porque la identidad estaba retrocediendo; y por los apuros económicos, la desmoralización, la extensión del radicalismo y la violencia. El poder propio era imprescindible para salvar la situación crítica que vivía el País Vasco.

6. Las opciones alternativas

Para enmarcar el éxito político del PNV resulta necesaria una referencia, aunque sea breve, al espectro político en que se desarrolló. La que se llamó “derecha españolista”, representada por Alianza Popular, nunca compitió con el PNV. Su electorado era otro. Quedó arrinconada por el hostigamiento terrorista y por ser tachada de “franquista”. Nunca llegó a contar en el País Vasco con unas estructuras mínimas. Con poco más del 7 % de los votos, jugó un papel testimonial. La autonomía se legitimaba a la contra del franquismo y de quienes eran considerados sus herederos. Así, sus reticencias autonómicas contribuyeron a convertirla en residual. “Era partidario de la autonomía vasca hasta donde se pueda”³³, aseguraba en junio de 1977 el representante de AP. Eran obvias sus dificultades en un ambiente que cuestionaba de raíz una estructura del Estado tachada de franquista.

Más votos que AP obtuvo UCD; en concreto, el 17 %, y sin duda su reformismo tenía respaldo social. Pero, como en el resto de España, no pasó nunca del estadio de un partido de cuadros. Es más: en el País Vasco ni siquiera aglutinó a un nutrido grupo de funcionarios -no llegó a presentarse en Guipúzcoa-, que en general fueron una de sus bases. En parte lo explica el acoso terrorista a la representación del Estado, un acoso que, por otro lado, no fue contestado de forma contundente desde el espectro antifranquista. El partido centrista careció de posiciones precisas respecto a la cuestión vasca y no rentabilizó su decisiva contribución al Estatuto, que presentó como operación de Estado, no como el fruto de su autonomismo. Su indefinición ideológica, más allá del pragmatismo democratizador, dificultaría su asentamiento. Su imagen gubernamental le llevaría en el País Vasco hacia la relegación, incluso antes del colapso que experimentó en toda España.

En realidad, sólo dos ámbitos que provenían del espectro antifranquista podían haber hecho sombra al PNV: la izquierda no nacionalista -dividida en PSE-PSOE y PCE- y el nacionalismo radical. Por distintas razones ambos quedaron a gran distancia electoral. El PSE-PSOE obtuvo en junio de 1977 resultados similares a los del PNV. Al contrario de lo que sucediera con UCD, no tuvo responsabilidades de

³³ *El País*, 2 de junio de 1977. No precisaba los límites de la autonomía pero sí su concepción nacional. “Existe para ellos un hecho «que pasa por el estado federal», [y que] atenta ya contra la unidad de España”. La admisión de regímenes locales de autogobierno y su identificación con riesgos contra la unidad española —un valor superior desde este punto de vista— gestaban posiciones de muy difícil argumentación pública.

gobierno, por lo que no sufrió tal desgaste y contaba con el aura antifranquista. Sin embargo, los socialistas vascos quedaron arrumbados en menos de tres años. Contribuyó a ello la marea nacionalista que se impuso en las “autonomías históricas”, pero hubo también razones locales. Contó en esto la marcada identificación comarcal de sus principales apoyos -en las localidades fabriles- que le daba raíces sociales, pero que también dificultaba su expansión a otros ámbitos. El discurso obrerista del PSE-PSOE le dificultaba arraigar en los diversos ámbitos urbanos; y, sobre todo, carecía de unos planteamientos nítidos sobre la cuestión vasca, sólo con nociones izquierdistas, que presentaba progresistas, y elementos nacionalistas, como la defensa ocasional de la autodeterminación o de un estatuto nacional de autonomía³⁴. En lo que se refiere al terrorismo no había elementos diferenciales. Las ambigüedades que por entonces presentaba el PNV sobre ETA -rechazo pero comprensión de sus causas- las compartía parte de la oposición antifranquista, que reivindicaba similares medidas políticas para la ulterior búsqueda de soluciones. El socialismo no impulsó una organización sólida y apenas intentó movilizaciones de masas, que en su imaginario eran una clase obrera de perfil tradicional. Su improvisación de diversas posturas políticas no constituía el mejor recurso para asentarse frente al PNV, que sostenía posiciones bien asentadas. El PCE tuvo mayor bagaje teórico y posiciones más tempranas sobre cuestiones claves -por ejemplo, contra el terrorismo-, pero sería arrastrado por sus problemas nacionales, a los que contribuiría en el País Vasco el contraste entre su teorización nacionalista y sus apoyos sociales, no necesariamente avocados al nacionalismo.

En definitiva, socialistas y comunistas no construyeron su discurso sobre una sensibilidad no nacionalista. En su imaginario, la sociedad vasca compartía mayoritariamente una conciencia nacional vasca, con la excepción de un nacionalismo español que se identificaba con el centro-derecha de origen franquista. Era o tenía que ser nacionalista, y en ella competirían con el nacionalismo gracias a sus planteamientos progresistas. Así, compartieron los planteamientos nacionalistas del PNV, sin elaborar al respecto una alternativa propia. En lo sustancial, la visión de la violencia o del Estatuto resultó la misma. Creían compartir las ideas básicas: sobre el autogobierno, el desarrollo cultural, el terrorismo, eventualmente la autodeterminación. No realizaban grandes distinguos entre sus visiones y las del PNV, a no ser la idea de que en el poder harían una gestión más avanzada de la autonomía, representando a los sectores obreros; y su impulso de una autonomía “de izquierdas”. No lo explicitaban, pero la única diferencia nítida resultaba su rechazo a la independencia (no a la autodeterminación, que admitían). Como no figuraba aún entre los objetivos del nacionalismo moderado se justificaba el convencimiento de que compartían la misma visión política.

Al PNV le preocupaba más la competencia que venía del nacionalismo radical. Formaba parte de su concepto de pueblo vasco, y podía disputarle terreno político y electoral. La izquierda abertzale propició la sistemática movilización de masas y el irredentismo ideológico. Su subordinación a ETA, la fragilidad de sus estructuras y la

³⁴ Vid. MICCICHÉ, Andrea: *Euskadi socialista. El PSE-PSOE y la Transición en el País Vasco (1976-1980)*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2009.

carencia de líderes y jerarquías sólidas, más allá del papel que jugaba ETA, así como las limitaciones organizativas de una ideología antisistema (que asociaba lemas independentistas, revolucionarios y reivindicaciones especializadas) explican que este movimiento de masas se articulase de forma precaria. Las diversas formaciones de las que se dotó el MLNV –gestadas desde ETA– no le daban la capacidad de competir en términos organizativos, incluso en el caso de que un discurso de este tipo pudiera crecer en los ámbitos urbanos moderados, a los que globalmente combatía.

7. El fin del autonomismo antifrancquista

En la evolución de los principales partidos tuvo interés la formación del Consejo General Vasco (CGV), el órgano preautonómico que debería preparar el acceso a la autonomía³⁵. Supuso el final del pacto autonómico de los partidos antifrancquistas y el enfrentamiento entre los dos principales partidos, PNV y PSOE. Si había existido la posibilidad de una colaboración transversal durante la Transición desapareció entonces. Las iniciativas políticas quedaron ya asociados a unos u otros, sin la cobertura de ningún pacto.

El CGV, en el que se dio un reparto de poder entre los partidos parlamentarios, estuvo presidido por el socialista Ramón Rubial. Hasta tres décadas después no hubo otro órgano representativo del País Vasco sin la presidencia del PNV –el Gobierno socialista en 2009–. El PSOE lo consideró uno de sus grandes logros políticos y quiso en la siguiente contienda electoral rentabilizar tal gestión. Sin embargo, las implicaciones de su acceso a la Presidencia del CGV no tuvieron tal calado. No logró después el refrendo de los electores y rompió con los criterios que venía formulando, por su pacto tácito con UCD. Alcanzó un poder en cierto modo virtual, por las reducidas competencias del CGV, asumiendo el costo de unas contradicciones que no encajaban en un ambiente en el que se impusieron líneas rotundas. Mantenía el discurso antifrancquista a la par que pactaba con un partido al que, con razón o sin ella, se tachaba de herencia del franquismo.

La manera en que se formó el CGV tuvo su importancia. Desde ese momento, el PNV pudo sentirse legitimado para realizar una política propia, sin ataduras por pactos previos con otros partidos. En su gestión del acceso a la autonomía apenas, los jeltzales apenas contaron con el PSOE, pese a que éste que aseguraba compartir las convicciones autonomistas. El PNV interpretaría la Presidencia del CGV como una ruptura de sus acuerdos autonomistas y de la lógica política, pues era el partido con más votos y parlamentarios en el País Vasco (once frente a los diez del PSOE, ocho diputados y tres senadores contra siete y tres). Los propios socialistas entendieron después que su apuesta fue un error. *“No haber cedido generosamente al PNV la presidencia y la Consejería del Interior del CGV, cuando se constituyó éste en febrero de 1978, fue una equivocación de nosotros, los socialistas vascos, desde una perspectiva de la normalización política de Euskadi, al mismo tiempo que un desgase-*

³⁵ Una descripción del proceso en LÓPEZ DE JUAN ABAD, José Manuel: *La autonomía vasca. Crónica del comienzo. El Consejo General del País Vasco*, San Sebastián, Editorial Txertoa, 1998.

te importante para el partido”³⁶. En su análisis a posteriori, esta decisión desplazó al PNV de las responsabilidades de gobierno, llevó a que sostuviese la legitimidad superior del Gobierno vasco en el exilio y se radicalizase “*negándose posteriormente a votar a favor de la Constitución, desentendiéndose del proceso de consolidación de la democracia en España*”.

El problema, sin embargo, no residió sólo en tales consecuencias políticas -algunas de las cuales no se derivaron sólo de la relegación del PNV en el CGV-, que alejaron al PNV de la preautonomía. En palabras de Xabier Arzalluz, “*no dimos apenas valor al tinglado preautonómico que instauraron con el llamado Consejo General Vasco. [...] Eligieron a Ramón Rubial. [...] Seguimos considerando a Leizaola lehendakari hasta que se produjo la elección de Garaikoetxea [...]. Del Consejo General Vasco ya no se acuerda casi nadie, y es lógico, porque no pintó nada*”. Pero, implicó sobre todo el fin del bloque autonomista que habían establecido los partidos antifranquistas, con la idea de que el Estatuto habría de llegar impulsado por este ámbito. Fue una de las experiencias que marcó al PNV -la citaba como contramodelo treinta años después- por mucho que el PSOE no se percatara entonces de la profundidad de la ruptura.

El PSOE aceptó los votos de UCD³⁷ -previo acuerdo o sin él-. En el desarrollo autonómico dejaban de contar sólo las posiciones antifranquistas e intervenían los no nacionalistas que habían sido considerados herederos del franquismo. El PNV entendió que la operación rompía compromisos políticos. Desde su punto de vista abrió lo que después se llamaría frentismo, pues UCD habría votado a Rubial para evitar la presidencia nacionalista, un planteamiento aceptado por los socialistas. La formación de la mayoría en el CGV presentaba otras implicaciones. Inicialmente los diputados navarros del PSOE habían participado en los movimientos preautonómicos junto a los del País Vasco, lo que les convertía a los socialistas en la principal fuerza, por la inhibición que al respecto tuvo la UCD navarra. El PNV no tenía la mayoría de haberse gestado un órgano preautonómico que incluyese a Navarra, pues entre los 42 parlamentarios se producía un empate a doce entre UCD, PSOE y PNV³⁸. Pero Navarra quedó fuera al formarse el CGV. El PSOE aceptó esta circunstancia, lo que cuestionaba su afirmación nacionalista, de la que formaba parte la integración de Navarra en Euskadi³⁹: sus posteriores reclamos nacionalistas presentaban una seria vía de agua. De otro lado, una vez el acceso a la preautonomía se realizaría para Vizcaya,

³⁶ BENEGAS, José María: *Euskadi y su futuro*, El País, 23 de octubre de 1979.

³⁷ El número de parlamentarios era el siguiente: PNV: diputados 8, senadores 3, total 11. PSOE: diputados 7, senadores 3, total 10. UCD: diputados 4, senadores 2, total 6. AP: diputados 1, senadores 0, total 1. EE: diputados 1, senadores 2, total 3. Otros: senadores 3. Total: diputados 21, senadores 12, total 33.

³⁸ En Navarra UCD obtuvo tres de los cinco senadores, correspondiendo al PSOE los otros dos. UCD se hizo también con 3 puestos en el Senado. El cuarto fue del PNV, Manuel de Irujo, pero no porque este partido tuviese gran presencia en Navarra, sino como cabeza de lista de la coalición Frente Autonómico.

³⁹ Es posible que el PNV se sintiera defraudado porque la vocación vasquista del PSOE navarro no duró mucho. Esto no obstante, tal planteamiento parecía sólidamente asumido. Las cuatro provincias “tienen unos intereses comunes que sólo se pueden satisfacer a través de unas instituciones comunes. Favoreceremos pues la integración de Navarra en Euskadi”, aseguró durante la campaña el dirigente socialista Urralburu. Después encabezó el giro *navarrista*, pero no hay razones para pensar que el planteamiento de 1977 fuese una impostura. Las quejas nacionalistas al desarrollo del “Frente Autonómico” pueden deberse también a que no constituyó la plataforma desde la que se gestionó la reivindicación estatutaria.

Guipúzcoa y Álava, el PNV podía alegar que era el partido más votado y el que tenía más representantes. En la elección del presidente, el PSOE aceptó –y posiblemente negoció– el apoyo de UCD sin pacto público. Era una quiebra seria del “Frente Autonómico”.

El pacto autonómico no le había sido rentable electoralmente al PNV. De no haberse producido y si los resultados para el Senado se hubiesen correspondido con los del Congreso -circunstancia habitual-, el PNV hubiese obtenido seis en vez de tres senadores (PSOE y UCD hubiesen mantenido tres cada uno, aunque de origen diferente, pues los socialistas obtendrían el cuarto senador de cada provincia y UCD los tres primeros de Álava). No hubiesen tenido representación ESEI e independientes, en total tres senadores. En estas condiciones el PNV –que no hubiera obtenido representante en Navarra– tendría el principal grupo del País Vasco, con 14 parlamentarios por 10 el PSOE, y se hubiese visualizado de forma más nítida su preeminencia. La presidencia del CGV hubiese seguido dependiendo de UCD, en esa hipótesis con 7 parlamentarios, aunque salvando una diferencia de mayor que la que se produjo entre las dos principales fuerzas, 11 parlamentarios del PNV por 10 del PSOE. No fue un buen acuerdo para el PNV: perdió representantes y el pacto no sirvió para articular la preautonomía ni la política autonomista, que siguió otros derroteros. “*Ya tuvimos una experiencia en las primeras elecciones generales con el frente autonómico en Navarra, y aprendimos mucho sobre la participación en determinadas coaliciones o en determinados bloques*”⁴⁰, resumiría Urkullu tres décadas después.

De facto, la formación del CGV eliminó la coalición autonomista, que fue sustituida por un nuevo tipo de alianzas, como el pacto PSOE-UCD. Se atisbaba el antagonismo nacionalista-no nacionalista, por mucho que el PSOE renegara de tal esquema. “*Quien reavive la pugna españolismo-nacionalismo es que ha perdido el autobús*” declaró Rubial tras ser elegido presidente, pero había sido un primer brote político de tal antagonismo, hasta entonces evitado por el diseño del “Frente Autonómico”⁴¹, máxime cuando el apoyo de UCD al PSOE se explicó por el deseo gubernamental de evitar una presidencia nacionalista. “Supone una política de bipartidismo que tiende a eliminar a los partidos minoritarios y concretamente a los nacionalistas” explicaba un diputado del PNV, quejándose del verosímil pacto entre PSOE y UCD.

La tramitación estatutaria dependería ya del juego de partidos sin compromisos anteriores. La decisión socialista laminaba la posibilidad de institucionalizar una colaboración transversal. Habría transversalidad, pero no un bloque autonomista de evocación antifranquista. Surgiría al calor de las circunstancias y su clave fue, además de

⁴⁰ Vid. ANASAGASTI, Iñaki: *La manipulación del diario Gara sobre el compromiso autonómico de 1977*, ianasagasti.blogs.com, citando un artículo de Ramon Sola; la manipulación que detecta no se refiere a la apreciación de Urkullu.

⁴¹ *El País*, 19 de febrero de 1978. La defensa de acuerdos con el PNV, que había interpretado la votación del CGV como un acto hostil, no se resolvía con argumentaciones políticas sino con evocaciones sentimentales antifranquistas, lo que confirma la envergadura de la quiebra. “[Entenderse con el PNV será] *Mucho más fácil, porque en medio ha habido factores de unión tan importantes como el haber defendido palmo a palmo con el fusil en la mano las montañas de nuestra tierra, haber empapado con la misma sangre sus praderas, haber ido juntos a los tribunales militares de ocupación y juntos también a las tapias de los cementerios a pagar el tributo por la defensa de esta tierra y sus ideas*”. Sorprendentemente la comparación se remitía a los años de la II República.

la presión global del nacionalismo, el mantenimiento por el PNV de su reivindicación autonómica con un alto autogobierno. Lo aceptaron los partidos no nacionalistas, que habían carecido de una definición propia de la autonomía. En cualquier caso, en los siguientes pasos del proceso autonómico el PNV dejó de priorizar a sus primeros aliados electorales. Cuando mejoró sus posiciones y obtuvo la Presidencia del CGV impulsó el estatuto de autonomía apoyándose en UCD, que mostró una inclinación autonomista que sorprendió al PNV e interpretó como cesión a su fuerza y a la del nacionalismo. El resultado de este juego político fue el éxito rotundo con el que el PNV saldó la Transición.

8. El triunfo del nacionalismo moderado

Fueron, por tanto, factores muy diversos los que explican el ascenso político y electoral del PNV: la combinación de radicalismo doctrinal y moderación política; el realismo ideológico; el mantenimiento de programa e ideario, sin vacilaciones coyunturales; el esfuerzo organizativo, que no tuvo parangón; la fragilidad ideológica de sus principales competidores, que no eran nacionalistas pero asumían las concepciones nacionalistas y carecían de una alternativa propia para Euskadi; la ruptura socialista de los compromisos antifranquistas previos, que enfrentó nítidamente las distintas estrategias, entre las que la del PNV, sin vaivenes, se demostró la más eficaz. Tales circunstancias se desarrollaron en un ambiente convulso, condicionado por la agresividad terrorista.

También ha de tenerse en cuenta la coyuntura para entender el fenómeno que analizamos. La Transición tuvo en el País Vasco una dinámica propia, particularmente tensa. El terrorismo que practicaba ETA alcanzó niveles antes impensables. Se sucedieron las convulsiones sociales, con movilizaciones radicales. Se resquebrajó la comunidad nacionalista, saliendo a la luz una alternativa al PNV capaz de consolidarse; el radicalismo abertzale no sería la compañía extremista que cuestionaba el pragmatismo pero que compartía criterios básicos, una fuerza que pudiera resultar. Sería un ámbito sociopolítico con planteamientos muy distintos a los del PNV, pues enlazaba el nacionalismo con afanes revolucionarios y abundaban los posicionamientos antisistema. Tampoco faltaron atentados terroristas que se asociaron a la extrema derecha o a oscuros aparatos del estado. A ello hay que añadir que la crisis económica amenazó seriamente el aparato productivo tradicional del País Vasco.

La forma en que el PNV afrontó tales convulsiones explica parte de su éxito político. Influyó su pragmatismo, que fue compatible con la radicalidad ideológica; también su participación en el proceso de la Transición sin establecer compromisos concretos y con la salvaguarda de sus principios doctrinales. Dicho partido logró marcar distancias con el nacionalismo radical y con los partidos democráticos. Asimismo, pudo gestar la idea de que estaba entre dos extremos frente a los que mantenía la racionalidad, una especie de ecuanimidad democrática, y lo hizo sin sentar posiciones firmes en cuestiones básicas: ni realizó una condena categórica y definitiva de ETA y del terrorismo -que no fuese explicativa o la diluyese en el genérico “todas las violencias”-, ni defendió a ultranza la soberanía y la autodeterminación. Esta centralidad

imaginaria le permitieron articular un discurso que tuvo audiencia y que mereció el calificativo de “nacionalismo moderado”: no porque lo fuesen los postulados básicos del PNV, sino porque rehuyó las reclamaciones inmediatas de altas cotas soberanistas y porque defendió un orden social amenazado por la agitación antisistema.

Otras circunstancias contribuyeron a la eficacia política del PNV. En el debate público del momento los conceptos nacionalistas tuvieron una nítida primacía: no fueron contestados desde otros lados del espectro político e incluso los asumieron. Los no nacionalistas habían vencido en las elecciones de junio de 1977, pero no elaboraron respecto al País Vasco una alternativa propia. Se movieron entre tres posturas: la política resistencial que desarrolló AP; la ambigüedad programática de la UCD; y la aceptación de los postulados básicos del nacionalismo por la izquierda no nacionalista. Los partidos antifranquistas parecían entender que lo que llamaron “fuerzas de progreso” -la izquierda y los nacionalistas- compartían criterios sobre la democracia, los avances sociales y el papel de las identidades nacionales, que asociaban a autenticidad democrática. En estas condiciones, sólo el nacionalismo desarrolló una política propia nítidamente reconocible. Sus competidores se paralizaron ideológicamente, siguieron otros derroteros, acabaron resquebrajándose o asumieron tesis nacionalistas que a la postre beneficiaron al principal partido nacionalista. Esta circunstancia contribuyó también al éxito del PNV durante la Transición.